

tra su maestro Sócrates. Al observar que todos los Estados de su tiempo estaban mal gobernados, comprendió que detrás de esa situación había un problema: que la posibilidad de gobernar con justicia estaba condicionada por la clara comprensión de la justicia a la luz de la recta filosofía. Mientras que para Sócrates el problema de la salvación moral tenía un carácter puramente individual, incluso cuando se trataba de la formación del gobernante, en cambio, Platón piensa que la educación del hombre en general y del gobernante en particular es un asunto público. Por eso las instituciones destinadas a ese fin requieren una reforma radical en la estructura del Estado. El hombre justo sólo puede darse cabalmente en el Estado justo. Podría decirse que mientras que para Sócrates el problema político es un problema moral, para Platón el problema moral es un problema político.

Llambías de Azevedo desenvuelve minuciosamente un análisis de las doctrinas expuestas en el "Gorgias", el "Theaitetos", la "Politeia" (o República), el "Politikos" y las "Leyes". Y a través de esos análisis va destilando una honda y cabal comprensión del pensamiento platónico con todos los problemas que éste contiene y ofrece.

Esta obra constituye, en todas sus páginas, una larga serie de formidables logros. Viene a enriquecer con enormes progresos, en extensión y en rigor, la literatura universal sobre su tema.

LUIS RECASÉNS SICHES

*Les Philosophes espagnols d'Hier et d'Aujourd'hui. I. Époques et Auteurs. II. Textes choisis*, por Alain Guy. Privat Ed., Toulouse, 1956.

Hay libros que requieren ser juzgados por su escueto valor interno; el punto preciso que ocupen en un con-

texto histórico pasa a segundo plano; su lugar" temporal no basta para determinar su significado. Otros hay, en cambio, que, prescindiendo de sus méritos o deméritos internos, empiezan por dibujar una marca en un proceso de pensamiento. Su significación radica, sobre todo, en su referencia a un contexto; exigen ser juzgados por el lugar que les corresponde en una aventura histórica. El libro de Alain Guy es uno de éstos: señala el primer intento serio de incorporar la filosofía española a la historia del pensamiento europeo. Que sea un escritor francés quien llene esa necesidad tiene sentido preciso. Hace mucho tiempo que el aislamiento intelectual de España con el resto de Europa perdura. En parte, culpa del sino trágico de España, como vieron Ortega y la generación del 98; en parte, también, resultado de la incompreensión y el desprecio de Europa. Presa de ideas hechas y lugares comunes, el europeo relegaba a menudo el pensamiento español a la celda del convento o al hervor de la plazuela. Alain Guy ha querido comprender, en cambio; y, restaurada la comunión, ha decidido consagrar una obra a combatir esos prejuicios. Pero ha logrado algo más. Su libro habrá de señalar el momento en que el pensamiento español empieza a entrar con pie firme y justo derecho en la historia general de la filosofía. Fruto de un esfuerzo generoso, cumple plenamente su propósito: abrir de nuevo el "camino francés" de Compostela (pág. 24).

Exponer la filosofía de determinado país, plantea siempre una inicial pregunta: ¿Puede hablarse en verdad de una filosofía "nacional"? ¿Hay una "filosofía española"? Guy acepta un historicismo moderado. Si bien la filosofía es una y universal, tendría también "maneras" nacionales; para emplear una frase de Menéndez Pelayo: "hay también fisonomías filosóficas colectivas" (pág. 10). A título de "hi-

pótesis de trabajo”, la investigación se deja guiar por una idea regulativa: la posibilidad de un modo y estilo español en filosofía. Pero el autor, prudente, no cae en la tentación de las “filosofías nacionales” y advierte, con Carreras y Artau, que el pensamiento español no ha de separarse del europeo y ha de explicarse “más que como expresión del genio nacional, como aportación particular de los pueblos hispánicos a la filosofía general de Europa” (págs. 11-12).

Otro problema, común a todo historiador de la filosofía: toda selección filosófica se ve obligada a trazar las fronteras de la filosofía con otras regiones del pensamiento. Faena más difícil aún si de España se trata. País de teólogos y místicos, hay quien diga que sólo en esas cimas la filosofía española florece. ¿Será posible escindir el pensamiento filosófico del religioso? Guy corta la discusión de un tajo y separa con justeza una filosofía “racional y natural”, así sea de tendencias religiosas, de otras formas de pensamiento dependientes de un orden sobrenatural. Su antología no comprenderá los escritores místicos o “espirituales” ni aquellos cuyo pensamiento se vincule a una exégesis dogmática. La decisión era la única posible y tiene la ventaja de destacar la cuantía de esa filosofía racional tan poco conocida allende los Pirineos. Lo cual se hubiese logrado aún mejor si el autor hubiera planteado el mismo problema respecto de las relaciones entre filosofía y psicología; a menudo, como tendremos que observar, admite nombres y doctrinas más devotos de la ciencia médica que de su amiga la filosofía.

La obra que comentamos no es una historia del pensamiento, sino una pequeña enciclopedia de autores. Un primer volumen reseña la vida y obra de cincuenta y un filósofos. Cada uno tratado en tres partes: reseña biográfica, selección bibliográfica y exposición doctrinal. Las dos terceras partes se con-

sagran al siglo xx, el resto a los antiguos. Un segundo volumen ofrece una breve selección de textos de todos los autores expuestos en el primero. Uno de los objetivos principales de esta “pequeña biblioteca” es servir a los alumnos de escuelas superiores, en lo particular a quienes opten por un examen de traducción y explicación de un texto español. Por ello, el autor ha tenido buen cuidado de dejar los textos en su lengua original, castellano o catalán, y ha prescindido de los escritos latinos que no pueda presentar en una traducción castellana aceptable. La selección es en general acertada, si bien padece de la cruz inevitable de toda antología: los límites de formato obligan a menudo a una brevedad tal en los textos que no logra suministrar una idea suficiente del pensamiento del autor.

Ambos tomos participan de todas las virtudes y limitaciones inherentes a esta clase de trabajos. Por una parte, prestan un servicio inapreciable, sobre todo a quienes se inicien en estos temas. Tenemos una guía bien documentada y digna de crédito, especie de “diccionario de filósofos” que permitirá al estudioso situar convenientemente a los más importantes pensadores hispanos. Por otra parte, no logra evitar algunos escollos. Cada filósofo queda separado del proceso histórico y el pensamiento se desgrana en tantos compartimientos como autores tratados. Encuadrado en los límites de su ficha personal, cada uno parece representar *su* filosofía singular. No hay lugar para señalar las direcciones generales, las corrientes comunes, las tendencias que otorgan sentido a cada filosofía. El autor no trata de remediar esa dificultad todo lo que pudiera. No indica suficientemente las circunstancias históricas de que depende el pensamiento ni pone mucho cuidado en enlazar entre sí las distintas escuelas o generaciones, de modo de revelar directrices generales de pensamiento. Así, el proceso histórico se desmigaja y el

lector no encuentra bastante apoyo para reconstruir sus líneas evolutivas. Tampoco logran vincularse los filósofos con las corrientes generales del pensamiento occidental. No faltan las alusiones a influencias determinadas, pero no están recogidas y ordenadas de manera de situar las doctrinas en las etapas de la filosofía europea.

De los autores medievales, seleccionados. El resumen de la doctrina de Lull es, en verdad, excelente. Y Raymond de Sebonde (o Ramón de Sibiuda) recibe su justo lugar; Guy resalta su importancia y subraya su interesante doctrina del amor.

De los Siglos de Oro, Francisco de Vitoria, Luis Vives, Pérez de Oliva, Luis de León, Juan Huarte, Miguel Sabuco, Juan de Mariana y Francisco Suárez son los elegidos. Extrañamos, por cierto, a algunos otros, en especial a León Hebreo y Melchor Cano. Precisa y clara la exposición del pensamiento de Vitoria. La de Vives gusta menos; hubiéramos deseado mayor claridad en sus relaciones con el erasmismo y humanismo renacentista y un esfuerzo por situarlo dentro de la circunstancia en que vivió; sólo así hubiera adquirido significado su figura. Tampoco da lugar la exposición para aceptar elogios excesivos como el de Lange, quien considera a Vives "el más grande reformador de la filosofía de su época" (pág. 60). Un gran acierto es, en cambio, resaltar la figura de Pérez de Oliva, a menudo desdeñado. La exposición de Fray Luis de León, al que Guy había ya consagrado una obra anterior, es magnífica; señala, incluso, ideas interpretativas novedosas y sugerentes. También parece justo tratar con extensión de dos médicos filósofos, Huarte y Sabuco; cuya importancia en la reforma de las ciencias será para muchos una sorpresa y un hallazgo. Discreto el capítulo de Mariana; insuficiente el de Suárez; la simpatía y los elogios que el autor le dedica

no aciertan a cubrir la falta de una exposición rigurosa de su metafísica.

En el siglo XVIII la selección recae en Feijóo y Piquer. En el primero hubiéramos deseado subrayara más su papel frente a la filosofía europea y el carácter peculiar del eclecticismo español. Mejor nos parece la exposición de Piquer, que denota un estudio más directo de su obra.

En el siglo XIX nos encontramos con Jaime Balmes, Sanz del Río y Javier Llorens. Capítulos correctos y claros. Sobresale el de Balmes, cuya filosofía parece haber entendido con justeza el autor.

La parte más extensa está consagrada a los filósofos del siglo XX. Guy, inspirado en Ortega y en Marías, divide a los pensadores por generaciones, según una cuenta cronológica estricta que los separa en lapsos de quince años. La división hubiera sido fructífera si hubiese aplicado efectivamente el *método* de las generaciones, es decir, si hubiese destacado los temas vitales de cada una y vinculado cada generación con sus vecinas en el tiempo. Al no hacerlo, resulta un mero trillaje cronológico que no presta significación a las doctrinas. Los pensadores tratados pertenecen a múltiples escuelas y circunstancias; tal vez un agrupamiento por direcciones de pensamiento hubiera permitido ordenarlos mejor.

La antología está dirigida por el laudable propósito de no excluir a ningún filósofo de mérito. Entre pecar por exceso y pecar por defecto, Guy, con humana discreción, se inclinó por la menor de las faltas: la primera. Requisito indispensable para tratar de un pensamiento ajeno es simpatizar con él, y Guy cumple cabalmente con ese deber. Las biografías otorgan celosamente a cada autor todos sus títulos y preeminencias académicas. Las reseñas están impregnadas de buena voluntad, de sincero cuidado de no ocultar méritos, de cortesía. En verdad que ninguno de los

autores tratados podría quejarse de su exposición correcta y afable siempre. Es verdad también que el lector —menos propenso a la afabilidad— puede sentir a menudo un exceso en el elogio y, si no gusta en especial de los superlativos, empalagarse a ratos de tanto “célebre pensador” y “eminente maestro” como parecen pulular en la filosofía española. La letanía de encomios, que se repite idéntica en cada pensador, no realza la doctrina expuesta y puede, en cambio, fatigar.

El autor puede difícilmente salvar una dificultad. Su discreción le pide que no haga distinciones ni señale rangos; de tal manera que para un lector inadvertido todos los autores parecen adquirir la misma importancia. Todos resultan igualmente “eminentes” y merecen los mismos elogios. Perplejo, el lector primerizo se verá en la imposibilidad de saber quién tuvo mayor significación real, si Ortega o... Todolí, por ejemplo. Comprendemos que nace este defecto del natural horror del autor a establecer “odiosos distingos” entre pensadores en su mayoría vivos, pero un poco de perspectiva histórica y de sentido crítico, capaz de señalar jerarquías objetivas, hubiera acrecentado mucho el valor de su estudio.

Las selecciones están hechas con imparcialidad y encontramos autores de todas las posiciones políticas y escuelas filosóficas. Sólo dos indicaciones por lo pronto: tal vez se incluyan demasiados autores cuya aportación principal cae en la psicología y no en la filosofía; al menos podía haberse señalado exclusivamente el alcance filosófico de sus doctrinas; tal es el caso de Turró, Marañón, Germain o López Ibor. Notamos también una ausencia, con toda seguridad involuntaria: la de Luis Recaséns Siches.

En la generación del 98 se tratan Ramón Turró, Unamuno y Domínguez Berueta. El capítulo dedicado a Unamuno, si bien es claro y discreto, no da

una cuenta suficiente de la originalidad y fuerza de un pensamiento que tan honda huella dejó en los países hispánicos. Hubiéramos deseado un desarrollo mayor de sus ideas acerca de la existencia, de su concepción religiosa, de sus intuiciones sobre el genio español, de su significado espiritual para la España de su tiempo. Limitación que se hace patente cuando el autor consagra más atención y espacio al pensamiento teñido de teosofía de Domínguez Berueta, su contemporáneo, quien jamás pudo lograr el impacto de Unamuno.

En la generación anterior a la guerra del 14 se estudian Tomás Carreras y Artau, Eugenio d'Ors, Ortega y Gasset, Zaragüeta, García Morente, Gregorio Marañón, Francisco Mirabent y Pedro Font y Puig. Señalemos, primero, el gran acierto de prestar toda la atención debida, en éste y siguientes capítulos, a la escuela catalana, a menudo descuidada, y cuyo interés ha comprendido nuestro autor. La exposición de los catalanes suele ser excelente. También aquí nos hubiera gustado que destacara con mayor vigor la obra de Ortega y Gasset. Su exposición no le otorga el lugar preferente que de hecho ha ocupado en todos los países de lengua española. Por otra parte, parece que no llega a dar el autor con los motivos centrales que unifiquen y articulen su pensamiento. Su tal vez justa afirmación de que no se trata sólo “de un profundo cazador de ideas... sino de un metafísico sistemático y audaz” (pág. 181) no encuentra confirmación en el texto. A la inversa, la importancia concedida a Zaragüeta parece desmedida y tememos que no corresponda del todo al lugar histórico que ocupa.

A la generación de la primera guerra corresponden Joaquín Carreras y Artau, Joaquín Xirau, Xavier Zubiri, José Gaos, José Germain, García Bacca, Manuel Granell, María Zambrano, Ramón Ceañal y Eduardo Nicol. Ésta es, en nuestra opinión, una de las partes mejor trata-

das. Particularmente, convencen los capítulos dedicados a Xirau y a Zubiri. Tal vez hubiera podido destacarse más, en nuestra opinión, la obra de García Bacca, cuya valía y originalidad no parece haber aquilatado el autor... Y un poco menos la de Granell, cuyo manual de *Lógica*, sin duda excelente, no puede colocarse en el lugar casi de excepción en que Guy lo coloca. También hubiera sido muy útil señalar el significado que tuvo para el pensamiento de lengua española la obra realizada en América por los filósofos "transterrados".

En la generación de "entre dos guerras" la selección se vuelve más difícil por tratarse de autores aún jóvenes y en formación. Guy nos habla de J. José López Ibor, Sánchez de Muniain, Alcorita de Echeverría, Jaime Bofill, Roig Gironella, Leopoldo Eulogio Palacios, Ferrater Mora, Julián Marías, Adolfo Muñoz Alonso, José Todolí y Ángel González Álvarez. Creemos que el autor hubiera podido ser un poco más exigente y reservado en su antología. Algunos nombres o bien carecen de obra suficiente, o bien se mantienen en un nivel de franca mediocridad que los incapacita para ocupar un lugar al lado de autores prestigiados y serios como López Ibor, Julián Marías o Ferrater Mora. Por fin, entre los más jóvenes, destacan Miguel Cruz Hernández, Antonio Millán Puelles, Miguel Sánchez Mazas y Jorge Pérez Ballestar. Nuestro desconocimiento de su obra nos impide emitir aquí un juicio válido.

En sus conclusiones, Guy señala la existencia de un "espíritu permanente" del pensamiento español, compuesto "de una síntesis muy original del ideal y del sentido práctico, marcada con el sello de la pasión... y orientada hacia la persecución de una trascendencia, mas también de un arraigo" (p. 379). Se revelan, por otra parte, ciertos rasgos permanentes de la fisonomía filosófica hispana. Tales serían: la influencia

oriental, el interés por la ética, la tradición de los médicos filósofos, la referencia latente o expresa a los problemas religiosos, la herencia católica, el estilo estético, la orientación predominante hacia la filosofía alemana, la oscilación entre orden y progreso, entre tradición y heterodoxia (pág. 23). Por último, el autor resume las aportaciones más importantes del pensar español a la filosofía europea, desde la transmisión de la cultura oriental en la Edad Media hasta el descubrimiento de nuevas categorías y perspectivas filosóficas en el siglo xx (págs. 380 sigs.).

Las imperfecciones que hemos juzgado nuestro deber señalar eran difíciles de evitar en una obra que marca un comienzo. Lejos de desdorar su esfuerzo, hacen resaltar la dificultad de la empresa. Comparadas con el resultado final, se reducen a pequeñas proporciones. El libro de Guy, en efecto, alcanza su objetivo. Después de su lectura, el pensamiento español deja la impresión de una enorme riqueza y complejidad y apremia a proseguir su estudio. Es una vía franca que invita a hacer camino. Y éste es el mayor servicio que, en definitiva, un autor pueda rendir a otros. Todos los escritores de lengua española hemos contraído con Alain Guy una deuda de amistad y gratitud.

LUIS VILLORO

*The direction of time*, por Hans Reichenbach. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1956.

En esta obra póstuma del eminente filósofo de la ciencia alemán, editada por su esposa María Reichenbach, tenemos la culminación y la integración de sus investigaciones en torno al tiempo. Este tema era conocido profundamente por el autor —tanto en su aspecto científico como en sus implicaciones filosóficas— y atrajo su atención desde